

El joven se despide con sentimiento de naturaleza tan amena, tan risueña. A los veinte años arde tanto la sangre que es imposible apagar su ardor y tiene tantísimos encantos la vida que no es dado abandonar la sin que se oscurezca el corazón.

Sin embargo, aquella sonrisa de los campos le parece un sarcasmo, una burla hecha por Dios á su infinito dolor.

El cielo está despejado y su corazón lleno de tinieblas. Las auras cantan y él se ahoga de rabia. Las flores entreabren sus cálices para oír suspiros ó confiar amores y su pecho arde en un amor desgraciado. Llega á tanto su despecho que en la embriaguez del dolor maldice á la naturaleza; porque no toma parte en sus pesares.

Fue buscando un retirado lugar, donde ningún importuno viese su agonía, ni llegase á socorrerlo en su dolor. Iba á morir solo. Ni el cariño de una madre le acompañaba en aquel supremo instante; ni oía un sollozo al despedirse para siempre de la tierra. Su vida pasó solitaria en una isla, su muerte iba también á suceder en un bosque solitario.

Sin duda no vió una barca que próxima vogaba, ni una mujer vestida de negro que le seguía en su carrera.

Al llegar al sitio que le pareció á propósito para su muerte, miró con horror la pura corriente del Tajo, y se erizaron sus cabellos, como si estuviese abocado al negro abismo de la eternidad. Dió un paso hacia atrás y sus ojos se convirtieron al cielo. Entonces se postró y murmuró un Ave María. Era la oración que su amada le había enseñado en una noche de luna á las orillas del mar. Unos cortos momentos le separaban de la muerte. Entonces pensó con espanto en su eterno porvenir; pero la vida era á sus ojos más horrible que el infierno, quería á todo trance apagar su dolor en las espumas del Tajo. El murmullo de las aguas del río le parecía una reconvencción amorosa.

No pudo acallar su dolor y lloró anticipadamente la enormidad del crimen que iba á cometer.

¡Luchar para morir con la vida misma es cruel dolor! Cuando Ernesto se acercaba al río, la sangre, el corazón, el alma, le arrastraban hacia atrás, clamando contra su resolución con poderosa é irresistible voz. Un sudor frío cubrió su frente. Tal vez era el sudor que sobrecoge á la hora de espirar; porque Dios quiere que hasta la muerte ganemos con imponderables trabajos. La muerte es un hermoso y deliciosísimo premio cuando tanto nos cuesta.

Cansado de luchar, y reluchar, ciego, delirante, con los ojos extraviados y los labios contraídos, sin quitarse ni el sombrero siquiera, abrió los brazos, y se lanzó al río. Su cuerpo se fue al fondo.

Hé ahí el sacrificio que hacia Ernesto en aras de su amada.

No quiso sacrificar su ambición, y le sacrificó su vida.

¡Qué misterioso es el hombre!

## LIII.

Aun no había caído el cuerpo de Ernesto á las aguas, cuando resonó un grito agudo, desgarrador, parecido al grito de una madre que ve perecer á un amado hijo.

Y aquel grito aun no se había comunicado al aire, cuando rompiendo malezas y saltando escollos se presentó una mujer vestida de negro en la orilla misma del Tajo.

Esta mujer era hermosa, á pesar de sus cuarenta años. Triguero su color, pero sonrosado; grandes sus ojos; parecidos en el mirar á los de Ernesto; negro

su cabello, y rizado tan caprichosamente que muchos jóvenes en los hermosos días del amor habían sido aprisionados por sus graciosos rizos; esbelto el talle y flexible como las hojas de una palma y su figura apuesta y su figura deslumbradora, hermosa, aunque empezaba á declinar ya en la breve carrera de la vida.

Y aquella mujer desolada aun no había llegado á la orilla, cuando se vió aparecer una barca como salida de los espesos bosques que cubren el Tajo, moviéndose ligera cual una flecha. En ella había dos remeros y una hermosísima joven.

—Salvadle, que aun es tiempo, salvadle, gritó la dama vestida de negro.

La joven de la barca hizo una señal y ambos remeros se lanzaron al río. Pocos momentos despues sacaban á Ernesto pálido, desencajado, y sin aliento, sin vida del fondo del río y le depositaban por mandato de la joven en su barca.

## LIV.

—¿Se ha salvado? gritaba la dama del negro traje; que pálida y trémula miraba al joven con mirar afamado como el de una madre que quiere alejar la muerte de la frente de un hijo.

La joven puso la mano sobre el corazón de Ernesto y sintió sus latidos.

—Si, se ha salvado.

—¿Será necesario buscar un médico?

—Corriendo. El aire le devolverá las fuerzas y el sentido.

—¿Pero dónde le llevaremos?

—A mi casa; está aquí muy próxima. Mirad, dirigios por ese sendero, y torciendo á la derecha vereis una gran casa rodeada de jardines.

—Esperadnos allí, señora, que en breve llegará el enfermo.

La joven contempló por breves momentos extasiada á Ernesto.

Estaba pálido. De sus cabellos pendían algunas gotas de agua, y como los tenía echados hacia atrás lucía su alta y espaciosa frente; sus labios entreabiertos tenían el color de una rosa próxima á perder sus hojas y caída su cabeza sobre el pecho en graciosa actitud, parecía dormir con el sueño de la inocencia. Su respiración era entrecortada como si sollozase y tardos los latidos de su corazón como si se despertase á la vida. Un ramo de esas flores blancas que flotan en la superficie de los ríos se habían prendido á sus sienes, enredándose en sus cabellos.

La joven de la barca, á la cual conocerá muy en breve el lector, creyó ver en él un genio del río que muerto de amor se envolvía en las ondas para que le llevasen á la eternidad. Y su corazón impresionable y compasivo hervía en deseos de consolar al hermoso joven.

## LV.

Eugenia (tal es el nombre de la salvadora de Ernesto) era una mujer *escéntrica*, adjetivo, que hoy en que todos nos hemos salido de nuestro centro, se prodiga con dispendiosa prodigalidad.

Su hermosura no era extremada; pero sí su gracia. Sus ojos pardos, aunque pequeños, tenían una fuerza de atracción infinita. Así lo confesaban casi todos los desdenosos dandys de la corte. No se la podía llamar hermosa pero era tal la gracia de sus modales, la flexibilidad de su talle, el arte infinito con que sabía prenderse y ataviarse, que pasaba y con razón por una de las damas más hermosas de Madrid. Era joven.

## LVII.

La pobre señora dió un grito agudísimo al ver aquella aparición, grito que revelaba todo el espanto que causa una tremenda desgracia.

—¿Me pides aun más pruebas de infidelidad, Luisa? ¿Dirás que no son fundados mis celos, cuando con mis propios ojos te he visto inclinada sobre el pecho de un hombre, prodigándole tus caricias, y aspirando su aliento? Ese miserable, cuyo amor por otra mujer tal vez le había arrastrado al suicidio merece tu corazón; y este hombre que te arrebató de los brazos de un tirano, merece tan sólo tu desprecio.

—¡Oh! mi Edgardo, no me juzgues sin pruebas, no me condenes sin oírme.

—¿Crees que me faltan pruebas para ver en ese hombre mi rival?

—¿Qué dices? Ese joven que allí ves, es inocente. Ni siquiera me conoce.

—No te conoce; y le has seguido á Madrid, arrastrándome también á mí en pos de sus pasos. No te conoce y sabes cuando viene á Aranjuez, y le zelas desde lejos, y le sigues afanosa en sus paseos, y das horribles gritos cuando ves que le amenaza la muerte. Esos desvelos, ¿cómo se llaman en todo el mundo? Luisa, dílo tú misma.

—Eres muy cruel para mí.

—¡Cruel! Sabes que te dejo en completa libertad, porque no quiero, no, que seas mi esclava. Solo te prohibo que ames á otro hombre; porque ese hombre me robaría tu cariño, y que te acuerdes de tu hijo; porque ese hijo es una prenda del perdido amor. Te irrita tu pasado amor y me hacen temblar los sentimientos que pudieran en la vida asaltarte. No quiero que haya en tu corazón más afecto que mi amor, ni en tu memoria más recuerdo que mi nombre.

—Edgardo, la compasión se levanta en el alma, á despecho de la voluntad. Paseaba solitaria á orillas del Tajo, aguardando tu venida; cuando vi á ese joven precipitarse en el río. No tuve tiempo más que para pedir socorro en tan horrible desgracia. Llamé y pude salvarle. ¿Con que la caridad, la compasión han de inspirarte celos también.

—Y vive Dios, que es hermoso, Luisa. Siempre has de sentir compasión por lo bello. Si ese hombre hubiera ido cubierto de harapos; y si en vez de ese hermoso rostro ostentara una torpe fealdad, á buen seguro que se despertaran con tanta fuerza tus virtudes.

—¿Dudas de mí?

—¿Y no he de dudar? Abandonaste al esposo; y quieres que duerma en tu fidelidad confiado el amante.

—Calla, por Dios, calla.

—Temes que nos oiga. No; no recobra aun el sentido. Te presentas tal vez á sus ojos como una vestal, y encubres con tu hermosura los crímenes que oscurecen tu existencia.

—Eres bien cruel. Por tí abandoné mi casa y desoí la voz de mi honor y tú siempre estás á mis oídos murmurando el crimen que cometí; para que nunca lo olvide mi memoria. Por tu amor ahogué en mis entrañas el amor de madre, y me prohibes hasta que busque á lo lejos la sombra de mi hijo, inocente víctima de mis desvarios.

—¿Tu hijo! no nombres á tu hijo.

—¿Crees, Edgardo, que alguna vez te revelaría mi nombre, si por desgracia le encontrase? No, las madres deben presentarse á sus hijos con serena frente, do se reflejan las virtudes del alma. Sus palabras han de ser como las palabras de Dios, llenas de unción y ternura. Si su cuerpo está manchado y corrompido su espíritu y quebrantado su honor nada tiene que darle á su hijo más que el peso de la vergüenza. ¿Cómo podría yo acariciar al que en la cuna abandoné?

Su pasión favorita era la literatura. Educada por un tío que había pasado su vida aprendiendo lenguas y estudiando poetas, se apasionó de tal modo por la literatura que con sus inmensas riquezas heredó la manía favorita de su sabio tío. Siempre hablaba en tono trágico. Las novelas la habían trastornado el seso, precipitándola en un abismo. Desposeída casi de nociones religiosas, queriendo realizar en la vida los sueños de los poetas, su alma impresionable se dejaba arrastrar por el primer libro que en sus manos caía. ¡Cuántos favores había dispensado á los jóvenes, de esos que se pagan con el desprecio y con el olvido y todo mas por parecer heroína de algun cuento de Federico Soulié que por malas y perversas inclinaciones! Llegó á tanto su desvario que no creyendo en el amor puro, cayó en el lodo de los amores viciados. Sin duda convencida de que la amistad no existía, buscó torpes amistades. Decía que el fin de la vida es el goce y ansiosa de gozar su alma perdió los arreboles de la virtud y su cuerpo la transparencia de la pureza. De abismo en abismo se hundió su reputación y su nombre, y fue escarnio de los hombres, escándalo de la corte.

Despues cayeron en sus manos los libros que hablan del amor puro, de los goces ideales de los amantes, de esas esperanzas infinitas que como nube de incienso suben al cielo, de esas ilusiones que no tienen ni forma, ni nombre y lloró su pecado arrepentida de su loco desvario. Se retiró á la soledad y buscó en Aranjuez el reposo del corazón, y el olvido de las gentes; sin perder por eso su afán, su lenguaje poético, y sus manías literarias.

## LVI.

Ernesto yacía aun sin sentido en una casita á orillas del río sobre un lecho que allí se había improvisado. Eugenia acompañada de sus remeros había ido á Aranjuez en busca de un médico.

La dama vestida de negro, que siempre le seguía, y á la cual conocemos ya personalmente, cuidaba de él.

¡Qué afán se pintaba en su actitud! ¡Qué amor tan puro en sus ojos! Ya aplicaba su oído al corazón del joven, ya ponía la torneada mano en su marchita frente, ya hilos de lágrimas caían de sus ojos y rodando por sus mejillas, iban á parar al rostro de Ernesto.

Estoy sola, decía, completamente sola. Puedo hablar á mi hijo, á mi adorado Ernesto. ¡Por qué te abandoné para seguir ilusa los instintos de mi pervertido corazón! Este remordimiento me envenena. Has crecido sin madre; entregado al torrente de tus pasiones. Cuántas veces habrás maldecido la hora en que naciste, y la mujer fatal que te dió vida. Y yo, Ernesto, te seguía desde lejos, adorándote como sabe adorar el corazón de una madre. Ni un momento he cesado de velar por tí; pero el más penoso martirio me afligía, porque no podía decirte «soy tu madre» ¿Y puedo ahora? Tampoco. Como no me oyes, te llamo hijo, si me oyeras no podría, no, tu madre darte tan dulce nombre.

Hora fatal fue aquella en que te abandoné. Yo era una niña: ni siquiera podía adivinar los deberes de esposa, ni sentir el amor de madre. ¿Pero por qué quiero justificarme? Caiga sobre mí todo el castigo y sobre tí las bendiciones y los besos de tu proterva madre. Y aplicó sus labios á la frente de Ernesto; al tiempo que abriéndose la puerta apareció en su dintel un hombre alto y de torvo ceño.

Sus palabras serian reconvenciones, y sus ojos destellarían tan solo para su madre desprecio. Y en fin, Edgardo, toda maldición es horrible; pero debe ser mas horrible aun, la justa maldición de un hijo.

—Vámonos pronto de aquí. No quiero, no consiento que seas tan compasiva. En tí la compasión y el amor se confunden. Amas á los que compadesces, y compadesces á los que amas. Yo he llegado á conocer que despues de veinte años de amorosos lazos mi presencia te hastía; porque te curas poco, muy poco de mis zelos; llagas que antes con tus caricias cicatrizabas.

—Edgardo, Edgardo. A los cuarenta años sientes aun las pasiones de jóven. Tu corazón nunca envejece. Lástima grande que tanto amor no sea legítimo; lástima grande que esa pasión tan exaltada arranque remordimientos á la conciencia, y haga subir el rubor á las mejillas. Cuando los días han desvanecido las ilusiones y no queda corazón para sentir, el amor se agota como se agota todo. Amar á nuestra edad como tú amas es una ridiculez.

—Ah, Luisa! Te comprendo mal de mi grado. Mis caricias te cansan; mis zelos te inspiran risa. Y es porque tu alma se abre gozosa para aspirar el amor de ese hombre que á tus piés esta tendido; de ese hombre que ha de pagarme ahora mismo los grandes males que causa.

—Perdon! ¡Perdon!

—¿Qué digo? Confiesas tu crimen demandando mi perdon. Aparta, mujer, aparta, que mis ojos se ofuscan y se turba mi razon. Los zelos, como el licor que fermenta me embriagan. Tu has amado á ese hombre, tú le amas. Mia no eres. Libertad tienes para seguir el camino á que te arrastra tu corazón; pero yo te juro que no has de descansar tranquila en brazos de tu nuevo amante; porque un puñal amagará siempre tu cabeza.

—No me comprendes. Pedia perdon por este sentimiento de caridad que tanto pesar te ha causado. ¿A quién puedo yo amar sino á tí? Yo te he sacrificado mi amor, mi corazón, la honra que me legaron mis padres, el que debía trasmitir á mis hijos; y aun te quejas, como si una vida consagrada toda no fuera bastante á acallar todas tus sospechas y á apagar tus zelos.

—Pues vámonos pronto de aquí; pronto.

—¿Y le dejamos ahí sin vida?

—No faltará quien le recoja.

—¿Y si vuelve en sí, é intenta otra vez suicidarse?

—Qué se suicide.

—¿Qué horror! Ten caridad.

—Luisa: Que le asesino.

—Oh! vámonos, vámonos.

—¿Aun le contemplas?

—Parece que le había oído suspirar.

—Tal vez suspirará de amor.

—El infeliz se queda ahí solo, desamparado. No seas cruel.

Edgardo asió fuertemente del brazo á su amada y mal de su grado la hizo abandonar á orillas del río al hijo de sus entrañas.

Ese es el premio que en el mundo tienen los amores que corren por el corazón. Castigo tremendo para una madre debe ser verse obligada á separarse de un hijo á quien idolatra, sin poder estrecharle contra su corazón, abandonándole en las desiertas riberas de un río. Toda madre cuida de sus hijos, los socorre en sus necesidades, los consuela en su dolor; cierra sus llagas y colma su corazón de purísimas caricias; y aquella mujer ni siquiera podía revelar sus instintos de madre siendo mas desgraciada que la paloma en el desierto ó la hiena en su caverna. Le veía sin vida, y sin vida le dejaba, cuando el infeliz necesitaba de sus socorros. No podía revárselo con-

siguio y velar á la cabecera de su lecho. Ni aun le era permitido manifestar su compasión; ese tributo que el hombre debe al hombre. La sombra del hijo perseguía á la madre, llenándola de remordimientos. Su corazón se rompía á impulsos de dolor, pero la infeliz doblegándose bajo el peso de la fatalidad encubría sus penas, y evocaba una sonrisa á los labios. Terrible es en verdad su castigo.

## LVIII.

Eugenia volvió con el médico.

—¿Qué os parece? Han abandonado al infeliz. ¡Cuán poca caridad hay en el mundo!

El médico dijo que no era nada, y recetó algo por no perder la manía de enriquecer á su compañero de conspiración el boticario. Porque entre el médico, y el boticario forman una sociedad para... No queremos decirlo, porque tememos mucho la venganza de los médicos. Baste decir que no hay médico que no tenga en Madrid un amigo boticario, ni boticario que no tenga un amigo médico. Toda amistad está fundada en el mutuo provecho de los contrayentes; los médicos y boticarios se profesan una acendradísima amistad; luego nuestros lectores sacarán las consecuencias deducidas lógicamente de semejante premisa.

## LIX.

Hermoso es el jardín donde Eugenia ha depositado á Ernesto. El suelo está cubierto de flores como de una red, y regado por arroyos que se destreñan halagando el oído, y divirtiendo la vista. Un lago azul víciosamente abrazado por aromas de jazmines y hermosos ramos de rosas, se extiende en el centro, jugueteando con pintadas barcas; y recibiendo amoroso el tributo de perlas que le rinden los plácidos arroyuelos. Las fuentes surgen entre pintadas piedras, los pájaros aprisionados en doradas cárceles, lloran en suaves armonías su libertad perdida; las grutas murmuran como si sus estatuas le contasen sus amores; y el aire se mece como invisible velo de gasa perfumado por los aromas con que aquellos carmines le seducen. El arte ha llenado de vida aquel hermosísimo Edem. Allí se ve Diana, vertiendo lágrimas de amor sobre el seno de Endimion dormido, Venus, saliendo de las espumas con los ojos hermosos como el cielo de Chipre, y el cabello destrenzado cual el viento que se mece sobre las montañas de Grecia; Dafne esquivá los amores de Apolo convirtiéndose en el laurel de la gloria, para significar que el amor y la poesía son una misma idea y producen unas mismas armonías; y las Musas arrullando en su sueño á la tierra, coronándola con los rayos del oro de la inspiración, y convirtiéndola en espejo del Olimpo y morada de los dioses.

Y en una gruta, en indiana hamaca extiende Eugenia á Ernesto, esperando que vuelva pronto á despertar del sueño que embarga sus sentidos. Y en efecto la pureza del aire dilata su pecho, y le hace volver poco á poco de su letargo, hasta que una fugitiva lágrima se escapa de sus ojos, y hondo suspiro se exhala de su destrozado corazón. Eugenia no se aparta un instante de su lado, haciéndole aspirar esencias, y abanicándole para remover el aire que respira, y dar consuelo á sus sienas abrasadas. Por fin Ernesto abre los ojos, y al ver los rayos del sol poniente que doran la gruta ornada de mil flores; el azul horizonte, confundido con la copa de los árboles, y la hermosa mujer que vela á su lado, vaga é indefinible sonrisa se dibuja en sus marchitos labios. Late su corazón dolo-

rido, y la sangre se agolpa á sus sienas. Se incorpora fatigado en su lecho, y dice:

—¿Dónde estoy?

—Estais con una amiga.

—¿Señorita!

—Dejaos de cumplidos. Habiéis querido morir, y yo he querido salvaros.

—¿Que mal habéis hecho!

—No. Os devuelvo la vida, que siempre tiene algunos encantos.

—Si algun hechizo puede tener despertar á este mundo, es el vuestro, señorita.

—¿Tal vez desesperanzado del mundo habéis querido buscar la muerte?

—Corta es mi vida; pero larga mi historia.

—Comprendo á los jóvenes. Por el menor contratiempo se creen ya obligados á matarse.

—No lo creais. Huyo de la vida; porque para mí la vida es la muerte.

—No puede ser. La vida tiene siempre hechizos, la naturaleza halagos, lo porvenir misterios, y lo presente esperanzas.

—¡Ojalá fuese verdad lo que decís! Para mí ya no hay halagos sino desengaños. Ya no hay esperanza, ni mundo, ni ambición, ni gloria. Mi porvenir es la nada.

—Vamos. No torneis á vuestras manías. Franco hospedaje os dará esta casa, mi solicitud remedios, el campo salud, y olvido el tiempo. Todo pasa, todo muere; que el infortunio no es eterno. La melancolía del jóven interesó profundamente á Eugenia, y á decir verdad no desagradó á Ernesto la solicitud de su salvadora. Quería partirse de allí, pero fueron tantas las instancias, que su negativa hubiera rayado en grosería. Ernesto era hermoso, é interesaba á Eugenia; Eugenia era bella, y había salvado á Ernesto. De tantos lazos es difícil que no nazca una pasión aunque se opongan los recuerdos, porque el olvido es tan natural como la muerte. Toda pasión vive de incertidumbre. La esperanza cumplida ó muerta, mata á las pasiones. El amor es un soplo que pasa por el corazón y que se desvanece en los aires. Ernesto era poeta, y Eugenia literata. Dos poetas se avienen muy mal, porque el poeta como tiene todas las pasiones muy exaltadas, peca algo de envidioso. Pero un poeta y una literata forman una sociedad celestial, si en ella se interesa el corazón. Yo aseguro que todas las poesías de Ernesto gustarán á Eugenia, y que todas las críticas de Eugenia han de complacer el corazón de Ernesto. Para oír sus conversaciones no olvidemos su carácter. Así no extrañará el lector, el pedantismo de Eugenia, y la prosa poética de entrambos.

## LX.

—Siempre triste! exclamaba cierto día Eugenia.

—Habiéis sido muy despiadada para conmigo, creyendo sin duda ser muy compasiva. Busqué la muerte pura ahogar mis males, y dándome la vida me habéis vuelto á mis tormentos. Creísteis hacerme un beneficio, pero no; que para mí el mayor beneficio es el olvido, y la mas grande pena es la memoria.

—¿No tiene en vuestra juventud la vida encantos?

—¿Cómo ha de tenerlos, si todo lo que amaba el corazón se ha disipado cual leve sombra, ó cual ligero sueño! Preguntadle á los cielos vacíos, sin gloria y sin Dios, si quieren vivir en su soledad, y al pintor que no vé, si anhela la vida; al poeta, que no canta porque su voz se apaga y sus ilusiones se marchitan, si desea que su peregrinación sea muy larga; al amador desposeído de esperanza, si tiene naturaleza para su imaginación muchos halagos, y oíreis como todos os responden sollozando, porque despiadada la muerte no presta oído á sus infinitas quejas.

—¿Pero el alma ha de plegar sus hojas, y cerrar su cáliz al primer aliento de la desesperación?

—Si, si. Cuando el sol ya no puede alumbrar la tierra, se sumerge en el fondo de los mares. Así el alma cuando ya no puede amar, se pierde desolada en el abismo de la eternidad.

—¡Oh! ¿Y creis que Dios os haya negado ya el amor?

—No me lo ha negado. Feliz yo mil veces, sino sintiera hervir su ponzoña en el corazón. Pero me ha hecho ver la luz desde una altura eminente, desplegando sus matices y sus pintados arboles, para confundirme despues en un mar de negríssimas tinieblas.

—No desesperéis; que el objeto de la vida es vario como el corazón de los hombres. A veces la desgracia es la mensajera del arte. Homero fue ciego; y Dante arrastró la penosa vida del destierro. Y despues Homero creó la Grecia, y Dante fue el genio de la Italia.

—¡El arte! Yo no lo comprendo. No sé qué quiere decir arte sin amor como no sé qué quiere decir un Dios sin belleza.

—Es que la desgracia no apaga el amor; antes le aviva con su soplo.

—Pero qué hará el poeta desposeído de esperanza? Su canto será una maldición, y el soplo que se escape de sus labios no serenará el mar de la vida. El genio que no consuela á la humanidad debe romper en mil pedazos su lira. Para cantar la duda, y matar la esperanza no le infundió Dios al poeta la inspiración.

—Es verdad. Mas si el hombre de alto genio conoce que su alma se eleva en alas del arte á otras regiones iluminadas por la luz que no alcanzan á adivinar nuestros ojos, si sabe que el tránsito de la vida es como el vuelo de la paloma en el aire; y que la inmortalidad es la pena del hombre, y la gloria de Dios su aureola: ¿por qué ha de ocultar el mundo las verdades que adivina, y los consuelos que siente? ¿Por qué no ha de decirle que el amor es del cielo?

—La humanidad se rie del poeta.

—No lo creais. El despecho os dicta esas palabras; y el alma las recoge con afán; é imagina creerlas como dogmas. ¿Qué sería la humanidad sin el poeta que la consuela, sin el poeta que la eleva?

—Las revelaciones de Dios son eternas, dijo Ernesto. Ya se aparece su ciencia en el Sinai, ya su verbo en el Calvario. Pero despues Dios descende en los arboles de la tarde para iluminar nuestra ceguera, ó en alas de la tempestad para apagar la luz de vuestras orgias. Ya canta por boca del solitario gilguero en el bosque, ya el eco de su voz resuena en la lira de los poetas. Dios lo llena todo como el aire, lo alumbrá todo como el sol, y lo fecunda todo como la vida. Pero el hombre tiene para el poeta olvido, para la revelación de Dios negaciones y dudas; y para lo sublime lo ridículo. ¿Quién sabe si Cervantes fue un quijote en el mundo?

—El mundo no olvida al poeta. Sus cantares como la lluvia fecundan la tierra. Yo he visto á la falda del Vesubio la tumba de Virgilio. Sobre su losa iban á posarse las palomas, arrullando al poeta en su sueño, y sobre el laurel, que de sus cenizas se alimenta, vense siempre confundidas las lágrimas del rocío, y las lágrimas de los hombres.

—¿Y eso qué prueba?

—Que la humanidad y la naturaleza tiene tributos de amor y gloria para el genio.

—¿Amor, gloria: palabras huecas que se lleva el viento. Yo soñaba con una mujer ideal. Su sombra era mas hermosa que el firmamento estrellado. Sus ojos en la oscuridad iluminaban mas á la naturaleza que el sol en la zenit. Yo no tenía labios, sino para murmurar su nombre, ni corazón sino para adorar su imagen. Todos mis sueños eran poesía, todas mis ilusiones celestes esperanzas. Cantaba yo solitario mis

amores, y me escuchaba el mar, y plácidos me sonreían los cielos. Mi vida pasaba en éxtasis; y la inspiración tenía halagos, porque coronaba con la eternidad mis santísimos amores. Entonces fui poeta.

—Y siempre lo seréis; porque la llama del genio arde en los corazones desolados, como los fuegos fatuos en la superficie de los sepulcros. Petrarca cantó siempre á Laura; porque Laura fue siempre una sombra, que se escapaba de sus brazos.

—El canto se ha helado en mi corazón.

—No, vuestro corazón no está muerto. Está lleno de aromas, que el soplo del tiempo levantará hasta los cielos. Dios os guarda un destino que cumplir, y os reserva un corazón que adorar.

—¿Será verdad?

—Ese dolor es ciego. No veis la luz.

—Si yo no estuviera como Satanás imposibilitado de amar, mi amor, Eugenia, seriais vos. Y el joven llevó á su corazón la torneada mano de la joven. El viento confundió dos suspiros. Después de breves momentos, levantándose pasearon por las solitarias y frondosas alamedas largo rato sin proferir palabra, atendiendo al susurrar de las fuentes y al murmurar de las auras.

## LXI.

En una galera pasaba cierta tarde por Aranjuez María acompañada de su amiga Isabel. Se dirigía hacia Madrid, á donde iba arrastrada por el amor filial. Sabida su fuga, creyó su desgraciado padre que María se había refugiado en la corte, porque allí se hallaba Ernesto. Hasta el padre juzgaba mal de su hija. María buscó un asilo en casa de su amiga Isabel, y se decidió á ponerse en marcha para Madrid, en pos de su padre aunque con gran disgusto de su corazón. Partieron, pues, sigilosamente, sin que don Braulio pudiera averiguar el paradero de su esposa, lo cual le traía de un humor espantoso. Esto hacia que recargase la mano á sus numerosos deudores, y que exigiese exorbitantes réditos á los infelices que forzados de la necesidad acudían á emprestarle dinero. Era tal su descaro que exigía hasta las mas degradantes satisfacciones á sus deudores. Exaltado su corazón con la contrariedad que acababa de sufrir, destilaba sangre y hiel. Sin religion, sin sentimientos, sin aspiraciones, sin virtudes, no tenía fuente de consuelo donde apagar sus dolores. Y padecía, esos males del cuerpo azotado por apetitos que no puede satisfacer, por sed de goces que nunca llega á saciarse; consecuencia horrible del vicio y de la depravación, que como asquerosa lлага exhala pestilente olor.

## LXII.

Don Pedro de Urgel sentado en un sillón en casa de don Braulio demostraba la mas desesperada aflicción. Eusebio alegre, contento, se frotaba las manos, oyendo las singulares y nunca vistas ocurrencias que habian acaecido á su tío.

—Pues la chichuela por aquí no parece.

—No parece, es verdad. Dios sabe lo que habrá sido de ella.

—Lástima grande que en tal capricho haya dado mi tío.

—¿Y qué queréis?

—Parece que anda el diablo suelto por esta casa. Mi tío casado. Vd. buscando á la novia que se ha fugado; y mi primo perdido por esos mundos, sin que de él sepamos nueva cierta.

—¿Qué será de María? ¿Dios mio! ¿Dios mio!

—No os apureis. Tal vez se hayan dado una cita ambos amantes; tal vez serán felices; mientras V. se desespera, y rabia mi tío.

—No, que mi hija posee altos principios de religion.

—Pero el amor se olvida hasta de Dios.

—Y tiene honor.

—Hoy día el honor nada vale. Si los burlados maridos de hoy hubieran de matar á todas las mujeres engañadoras, á buen seguro que en el mundo se viera otra cosa que llorosos viudos.

—Pero, mi hija... no puedo creerlo. Y don Pedro dudaba.

—Ya se ve. Un buen padre no cree con facilidad que donde ha sembrado tantas flores broten algunas espinas. Pero mi tío es horrible y Ernesto hermoso; así es que cualquiera justificará en otros tiempos la injustificable calaverada de María.

—No. Si la encontrara en brazos del seductor, yo mismo la mataría, yo que soy su padre.

—Tengo que daros algunos libros, para que os convenzáis, de que nada es mas absurdo que el honor, ni mas falso que la virtud. Yo así he propuesto demostrarlo en una comedia, que acabo de escribir, y que será muy aplaudida, Dios mediante. El matrimonio está fundado en el amor, y cuando el amor cesa, debe cesar el matrimonio.

—¿Que horror!

—De poco os espantais. Esas son ideas francesas, ideas que he bebido en los libros de allende el Pirineo. La Francia es nuestro modelo, nuestro maestro. Napoleon regeneró en España la política; Victor Hugo el teatro; David la pintura, y Dubost las camisas. Todo nos viene de allí.

—Es que sin duda alguna insultais á la Francia. En esa nacion hay corazones grandes, y de ella salen relámpagos de nobles ideas; pero los imitadores, siempre imitan lo malo, y ese es el origen de las calumnias que sobre Francia caen. A todos esos libros puedo oponeros un capítulo de madama Stael, en que habla del amor en el matrimonio; capítulo sublime que está escrito con los ojos fijos en lo porvenir.

—Esa señora, tenía muchas preocupaciones del siglo pasado.

—¿Y el honor, y la religion, y la virtud han de ser de pasados siglos?

—Se entiende hoy de ilustracion...

—No entiendo vuestra ilustracion. Si yo encontrara á María en brazos de su torpe amante, y la maldijera para siempre, y pidiera á su seductor satisfacción, haciéndole objeto de mis justas iras, sería tachado por vosotros, hombres del día de...

—Pues, añadió Eusebio.

—No, no veré á mi hija así, porque mi hija es muy buena. Pero si mi desgracia fuera tal que mis esperanzas saliesen fallidas, la... Dios me perdone.

Eusebio lanzó una carcajada, al tiempo mismo que se abrió la puerta de la estancia, y María seguida de Isabel se arrojaba á los piés de don Pedro, clamando...

—¡Padre! ¡Padre mio!

—¡Hermosa muchacha por mi vida! dijo el joven.

Don Pedro se levantó del sillón, rechazando á su hija lejos de sí con ademán severo y oscurecido semblante.

## LXIII.

—Padre, nunca creyera que vuestro amor me faltara.

—Ni, yo, hija, que olvidases tus virtudes.

—Pequé, padre; pero fui inocente.

—La inocencia consiste en seguir con voluntad inflexible las huellas del deber.

—Pero tengo un corazón que se subleva.

—¿Dónde está la voluntad?

—La voluntad de una mujer es deleznable.

—La religion conforta al espíritu, cuando el espíritu desfallece.

—Pero, señor, si yo me entregué al crimen por salvaros del crimen.

—¡Luego eres culpable!

—No. Amé á un hombre, pero aquel amor se oponía á vuestra felicidad, y lo condené, señor, á la desesperacion y á la muerte.

—Nunca me dijiste tal cosa.

—Temí que á mi sacrificio os opusierais.

—¡María!

—Si, padre, si. Vos jamás me habriais hecho infeliz.

—¡Jamás!

—Vos no hubierais consentido que cuando el alma se perdía en sus amores gozosa, la hubiera yo privado de su dicha.

—No, María, no.

—Si hubierais sabido que aquel mi marido me repugnaba, que forzada de vuestro cariño iba perjura ante el ara santa á ofrecer amor á quien profesaba odio, me hubierais arrancado del altar.

—Si, te hubiera arrancado.

—Yo sola quise ser desgraciada, y con mis manos labrarme la desgracia.

—¿Y todo por mí!

—¿No me disteis la vida? Y en cambio ¿no os debía yo sacrificar el corazón?

—Erraste en tu sacrificio, María; erraste torpemente, infeliz. La vida por un padre debe darse, pero no el corazón. Ese sacrificio de que hablas, es un sacrificio cruento, y al considerarlo se despedazan mis entrañas.

—Nuestra suerte era oscura, incierto el porvenir, segura la desgracia, y yo, señor, no dudé un momento en ofrecerme como víctima para salvar vuestra honra.

—Y no me has salvado, María.

—¿Por qué? señor.

—¿Crees que las faltas de los hijos no se reflejan en la frente de los padres?

—En nada he faltado. Mi virtud no tiene mancilla. La honra, que á mi esposo debo, la guardaré fuertemente. He huído de mi esposo, porque el corazón no puede amarle. Entregar el cuerpo, al ser, de quien tengo divorciada el alma, me ha parecido achaque de prostituta. Por eso huí en la oscuridad. Vámonos, padre.

—Y á do vamos, María.

—El trabajo nos dará sustento, y refugio una bohardilla.

—Y yo en qué he de trabajar, si está cansada mi alma y desfallecido mi cuerpo.

—¿Creeis, padre, que he perdido las manos y los ojos? Vámonos. Tal vez seamos felices. Al entrar en Madrid he oído llorar en un palacio. Esto me ha convencido de que la dicha puede sonreír á la miseria como aflige la desgracia á la opulencia.

—Si. Puedes ser muy feliz. ¡Desgraciada! Tu corazón destila sangre, y se sonrien tus labios. Sufres resignada, por no afligir á tu padre. En mal hora nací, y en peor hora te engendré.

—Padre, padre. No os aflijais. Vámonos. Todo lo he olvidado, todo por vos.

—¿Y de qué nos ha servido tu sacrificio?

—De mucho, puesto que he salvado vuestro honor.

—¡Oh! eres una mártir, y que has buscado el martirio para encontrar el infierno. Tu sacrificio quedará olvidado de las gentes, siendo tan sublime.

Mirad á mi hija, Eusebio, y probadme que la virtud es un sueño.

Eusebio estaba conmovido. Esto bastará para encaecer lo poético de aquella escena.

María arrastró ayudada de Isabel á su padre fuera de la estancia colmándole de caricias.

Eusebio exclamó.

—Por vida de Utrilla ¡He llorado! Jesús, que vergüenza.

## LXIV.

Los sacrificios privados son mas sublimes que los sacrificios públicos. Y son mas sublimes, porque son mas desinteresados, y mas desinteresados, porque son desconocidos. El amor á la gloria puede arrastrar al hombre á el heroísmo. Pero esos grandes rasgos de abnegación que presencia el solitario hogar viven sin recompensa y mueren sin historia. La poesía estará tal vez encerrada en la realidad. Las grandes hazañas que buscamos en leyendas de otros siglos, tal vez palidezcan al lado de las hazañas privadas, que desdeñamos indiferentes, porque la historia no las ensalza y el arte no las adorna, olvidándonos de que cada corazón es un poema y cada existencia una tragedia. Hay lágrimas que no nos conmueven, porque no caen envueltas en las armonías de Lamartine sobre nuestro pecho, tristes historias que no nos interesan, porque no han encontrado una voz elocuente que las narre; amores que no comprendemos, porque no ha habido un poeta que los cante, cuando la poesía y la historia no hacen mas que dar formas á las ideas ó luz á los sentimientos.

Esta desgracia le cabe sin duda alguna á la tristísima historia de María. Mis manos no tejerán una corona de mártir para las sienes de ese ángel. ¡Mucho lo siento en verdad!

## LXV.

Destrenzado el cabello, marchito el semblante, entornados los ojos y oscurecida la frente, descansa Eugenia en su jardín recostada bajo un sauce sobre la mullida alfombra que el verde cespcedal ofrece. A su lado una doncella, que por su confidencial amiga pasa, riza y desriza sus bucles, mientras la joven se contempla en el cristal de las aguas. En vano el sol intenta atravesar el follaje para acariciar su rostro, ni el arroyo detenerse en su cauce para reflejar sus gracias. La joven esquiva no agradece ni los deleitosos cánticos del aura, ni los aromas embriagadores de las rosas. Dícese que mal de amor ha tiempo que la desvela, y que por mas que se esfuerza solo ingratitud recoge. Dícese que ni los libros mira, ni toca el piano, ni cuida las flores, ni da de comer en sus labios á sus antes amadísimas palomas. Dícese, en fin, que sus amigos la hastían, y sus jardines la sofocan, y que llorando ó gimiendo pasa las horas de su triste vida. Prestemos atento oído á su conversacion con Juana, que así su amiga se llama.

—¿No es verdad que he sido muy infeliz?

—¿Por qué? Señorita.

—Todo debía sonreírme, porque la fortuna me ha desde que nació halagado. Pero yo, abandonándome á mis instintos ó á mis sueños, me he precipitado sin sondear el abismo que á mis piés se abría. Libre en mis acciones, independiente y activa por carácter, fascinada en mi ignorancia, ó la voz de la naturaleza que me perdió para siempre. Tú no has presenciado mis orgías, cuando todos los jóvenes mas disolutos de Madrid se congregaban en mi palacio para perderme.

—Pero el arrepentimiento.....  
 —El arrepentimiento borra las manchas del alma, mas no puede lavar jamás de sus lunares al cuerpo. El pensamiento purifica el espíritu, y lo ensalza y lo eleva; mas para esta cárcel no queda esperanza, sino es la muerte.

—¿Y qué no os ha de perdonar el mundo despues de tanto aislamiento?

—El mundo no perdona. La fama que una vez se perdió, jamás, jamás se recobra. Bien podria yo encerrarme viva en un sepulcro desgarrando con silicios mis carnes; arrancarme de dolor uno á uno mis cabellos; que no inspiraria compasion, sino risa; y todos me llamarian hipócrita, achacando á torpe hastío mi sincero arrepentimiento.

—Vos no fuisteis criminal.

—¿No puede llamarse crimen abrir mis salones á la liviandad, formentar el juego, ver la torpe embriaguez arrastrándose por mis alfombras, y oír las maldiciones que el vicio arranca á los apagados labios?

—Pero vos os conservais tan pura.....

—Era imposible. La atmósfera pestilenta que allí se respiraba, me ahogó. El torbellino á que me arrojé ciega y desvalida, quemó las alas de mi inocencia.

—¿Qué desgracia!

—Irreparable, Juana, irreparable. No tuve mas guía que libros escritos por almas pervertidas, ni mas maestro que aduladores empeñados en perderme. La educacion me faltó, y los sentimientos religiosos eran para mi ecos perdidos de la imaginacion de los pueblos. Siempre es triste que un hombre no tenga religion; pero es hasta repugnante que una mujer no la tenga. Nuestros corazones están destinados á creer, y para orar modelados estan nuestros labios. En el alma de la mujer debe arder siempre el fuego del amor divino. ¿Y cómo habia de amar yo un objeto desconocido?

—¿Criminal fue vuestro tío!

—Educada en las ideas de Voltaire; hablaba de Dios como de un fantasma inventado por los reyes para tiranizar á los pueblos, de la religion como conjunto de falsas fábulas inventadas por la ignorancia; del amor, como goce que no debe desperdiciarse cuando la sangre hierva y lata el corazon, y se entreabran ansiosos los labios; y de las virtudes como ficciones conveniencias inventadas para establecer la paz entre los hombres.

—¿Cuánta blasfemia!

—Yo hojeaba libros que enardecian mi sangre; libros que encomiaban goces desconocidos. Y mi viciada naturaleza cayó en el crimen, que diestros pinceles trazaban con deslumbrantes arboles.

—¿Y ahora!

—Ahora que siento el amor, veo que estoy imposibilitada de amar. Ahora, que al oír los pasos de Ernesto me extremezco, comprendo que no puedo ser feliz sino le vendo, sino le engaño torpe y miserablemente. Es virtuoso por naturaleza; tanto que su corazon está siempre pronto á proteger al desvalido, y á remediar al desgraciado. Es religioso; porque sus palabras tienen un perfume celestial, que engrandece hasta mi naturaleza; esta naturaleza que ha perdido la virtud y la inocencia.

—¿Y vos qué pensais hacer?

—De buen grado le olvidara, si poder para olvidarle tuviera. Mas pienso unirme á él para siempre, y huir muy lejos, á donde jamás tengamos de nuestra España noticias. Asi oculto mi crimen, y soy feliz sin lastimar su honra.

—¿Arriesgada empresa!

—Es verdad; pero en ella debes prestarme tu auxilio, como otras muchas veces me lo has prestado. Yo le oculto á los ojos de las gentes. Ni permito que nadie entre en este nuestro palacio; ni le dego libertad para partirse á Madrid.

—Siempre está triste.  
 —Llora amores sin esperanza.  
 —¿Y esos amores?  
 —Bien poco estorban mi dicha.  
 —Hácia acá viene.  
 —Déjanos, Juana.

LXVI.

—¿Huis de mi presencia, Ernesto?

—¿Yo! Eugenia. En medio de la desesperacion que me aflige, y de las dudas que me asaltan, vos sois mi consolacion y mi esperanza.

—Pero os encuentro tan demudado siempre. Turbios los ojos, como si estuviesen; cansados de llorar secos los labios, tal vez hartos de quejarse; y pálido el semblante, espejo fiel de las amarguras del alma.

—Ya lo sabeis; todas mis aspiraciones han muerto. Antes ambicionaba gloria. Hoy el laurel que orna las sienas de un héroe ó de un poeta, ni me anima, ni me entusiasma, cual si la vida se hubiera apagado en mi marchito corazon.

—Nada habeis padecido, cuando tan pronto doblais la frente al primer golpe de la fortuna.

—Nada. Mi vida era como ilusion encantadora, mis palabras cánticos, mis ensueños esperanzas, mi historia vacía de dolores, y mi porvenir inmenso como el mar.

—¿Y tan pronto un amor contrariado os hiela la sangre?

—¿Por qué no? Era mi ensueño de poeta, y la idea oculta de mis inspiraciones artisticas. Poned al pintor ante un lienzo, lleno de inspiracion. Su mente arde; los mas halagüeños colores se despliegan ante sus fascinados ojos, y las mas risueñas armonías resuenan en sus oídos; no ve; sino que su idea va á tomar forma y á surgir deslumbradora y pura de su mente. Coge el pincel, traza y describe. Cada rasgo es una huella de su genio; cada color un reflejo de su alma. En medio de aquellos arboles, arrullado por su delirio, nace la hermosura en que adora su espíritu, y la ve surgir como su propio pensamiento, y mecerse en los cielos como la gloria de Dios. Sus cabellos de luz se despliegan en torno de su frente como el primer rayo del sol sobre el mundo; sus ojos nacen como las estrellas que se mecieron por primera vez en la inmensidad, y el rostro de la mujer amada modelado con todos sus encantos, aparece llenando de alegría, y esperanza el alma fatigada del artista. Pero satisfecho su corazon, sus labios van á posarse sobre aquella frente, borra con el aliento lo que habia imaginado el alma; y en vez de su idea queda el lienzo manchado, sin sombras ni colores. ¿Ese dolor no es el mas imponderable de los dolores?

—Pero el artista no desmaya, que nuevas inspiraciones vendrán á su mente, y nuevos objetos regocijarán su alma?

—¿Pues qué se puede amar mas de una vez en el mundo?

—No seais niño. ¿No hay muchas estrellas en el cielo, y muchas flores en la tierra? Cuando el soplo de Dios apaga un astro, allí mismo nace otro con luz mas nueva; cuando una flor pliega sus hojas, sacude sobre el campo su cáliz lleno de semillas que llevan en sí el germen de nuevas flores.

—El amor es como Dios. Infinito llena los abismos del corazon, omnipotente transforma nuestra naturaleza, inmortal se duerme con el cuerpo en el sepulcro, y renace con el alma en la eternidad; pero único tambien solo tiene una esencia.

—Opino de distinto modo. El amor está encerrado en el alma.

—Pero hay varios objetos que lo despiertan como

varias mariposas acuden á bañarse en el aroma de las azucenas. A veces uno de esos objetos, ó desaparece, ó muere. El amor vuelve á caer solitario en el alma, y creemos que ya se ha disipado. Mas si una nueva mariposa despliega sus alas, y se posa amorosísima, sobre el corazon, le oíreis de nuevo despertarse, latir y adorar.

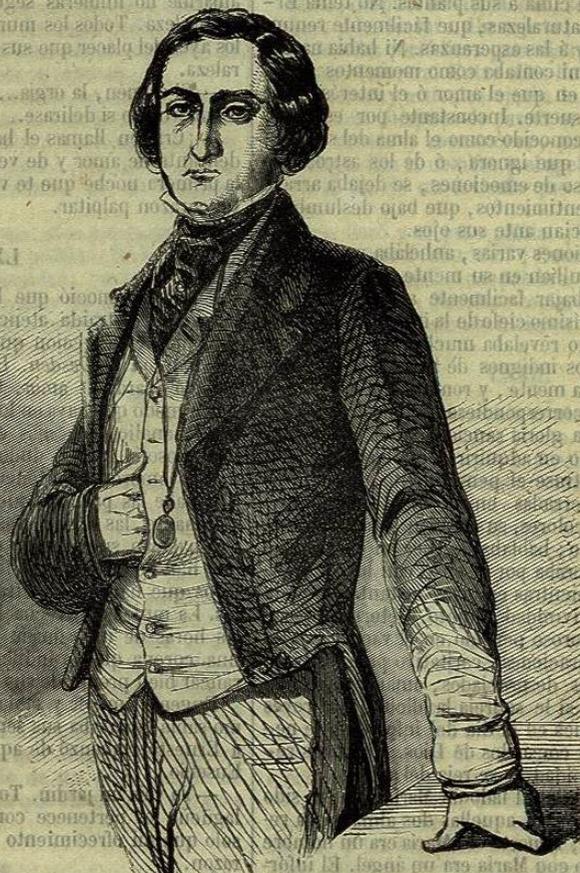
—No lo quiera Dios.

—¿No deseais amar?

—No.

—¿Por qué?

—Porque entonces toda mi fe en la eternidad del amor se habra perdido.



—Ingrato!  
 —¿Qué deciais, Eugenia?  
 —Nada, nada.  
 —Me parece que luchais para detener algunas lágrimas. ¿Me compadeceis?  
 —No os compadezco.  
 —Y yo me creo tan digno de compasion.

—¿Amais!

—Pero sin esperanza.

—Mas al fin, amais?

—Jamás me habeis oreguntado por el objeto de mi amor.

Eugenia se extremece.  
 —¿Se llama María!  
 —Hermoso nombre!  
 —Para mí es tan dulce.  
 —¿Qué feliz es María!  
 —¿Feliz! cuando llora sujeta á la esclavitud mas penosa.  
 —¿Pero la adorais?  
 —Sí, la adoro; aunque este amor sea mi desconsuelo y mi desdicha.  
 —¿Y le sacrificais todos vuestros pensamientos?  
 —Todos, Eugenia.  
 —¿Y le consagrais vuestros versos?  
 —Si alguna vez suspira mi amor, suspira por María; como si alguna vez creo en la amistad, á vos, Eugenia os debo esa creencia.

—¿Oh! de modo que en vuestro corazon no hay espacio para otro afecto.  
 —¿Tan ingrata me creeis?  
 —Sí, para mí lo sois.  
 —Esta mañana os oia suspirar.  
 —¿Y qué?  
 —Suspiré tambien, Eugenia. Tambien vi á lo lejos en vuestros ojos una lágrima.  
 —¿Y?  
 —Lloré.  
 —¿Oh!  
 —Vuestros cánticos de amor me llenaron de alegría.  
 —¿Y qué os parecieron?  
 —No sé si sentí celos ó envidia hácia el desconocido ser á quien iban dirigidos.